

La Risa

30 Cènts.



—El reglamento del Museo prohíbe entrar con bultos.
—Oye, Epifanio: ¿lo dirá por tu papera?

Biblioteca Nacional de España



En nuestro ferviente anhelo de ser gratos al amado lector, y cediendo a una necesidad que *se deja sentir*, hemos decidido abrir esta Sección, en la que se encontrará innumerable caudal de conocimientos utilísimos en la vida práctica. Desde el formalismo protocolario en las peticiones de mano, visitas de pésame, despedidas de duelos, hasta el modo más rápido y seguro para cazar grillos a corneta, el lector ha de encontrar en nuestro CONSULTORIO consejos, fórmulas, recetas, procedimientos, para cuya adquisición hemos montado un complejísimo servicio de investigación que esperamos ha de dejar complacidos a nuestros numerosos consultantes.

M. L. O. Madrid.—Sí, señor. Pueden cazarse conejos sin recurrir a los procedimientos vulgares que usted enumera tan prolijamente en su carta. El renombrado cazador Sherpherson, de Nueva Orleans, define así este novísimo recurso de su invención: «Con muchas precauciones, cuidando de no hacer ningún ruido para no espantar la caza, acercaos hasta la misma madriguera, frente a cuya boca colocaréis una piedra bien lisa, sobre la que se habrán derramado unos gramos de rapé. Permaneced escondidos lo más cerca posible del agujero, y aguardad con calma. Es posible que tarde algunas horas; pero no es menos seguro que al fin asomará la cabeza algún simpático roedor, el cual, al hallar a la puerta misma de su casa una sustancia desconocida, se acercará a olerla, y entonces... por efecto de la aspiración, el rapé se le introducirá por las fosas nasales, produciéndole deseos de estornudar. En el momento en que cierre los ojos, prelujiendo este fenómeno fisiológico, dejaréis caer pesadamente la mano sobre su nuca, sujetándole fuertemente. Le guardaréis en vuestro morral, y sólo os restará esperar la salida de un nuevo inquilino. Queda usted complacido, y hasta otra.

R. Molfó. Melilla.—Padece usted un pequeño error al creer ingenuamente que la tan renombrada carabina de Ambrosio ha existido alguna vez. No fué la carabina, sino la caravana de un comerciante en géneros de punto escocés, natural de Smirna, y bizco por más señas, llamado Ambrosio Pérez, la que originó la frase que interesa en su consulta. Se dirija este Ambrosio con un cargamento de camisetitas a rayas y biberones automáticos hacia Bagdag, a través de los inmensos arenales del desierto de Libia, cuando, habiéndose

separado del grueso de su gente a una distancia como de treinta metros, se vió rodeado repentinamente por una banda de facinerosos que, en términos un poco molestos, le pidieron la cartera y un retrato de la *Chelito* que llevaba pendiente del cuello. Viéndose Ambrosio en tan apurada situación, quiso llamar en su auxilio a un criado de confianza, y a tal efecto exclamó con la voz medio estrangulada por el miedo: «Ismael, ven con la carabina!» Oír esto los bandidos y emprender la huida fué obra de un segundo. Es creíble que Ambrosio, a consecuencia del miedo que le embargaba, se equivocase, diciendo «ven con la carabina», en lugar de «ven con la caravana». El caso es que aunque todavía no se habían inventado las armas de fuego, nuestro Ambrosio se vió sano y salvo entre los suyos, y apretando fuertemente la cartera contra su pecho.

El escaso espacio de que disponemos, y la precisión de contestar a otros consultantes, nos impiden ocuparnos de las restantes preguntas de su carta. En números sucesivos iremos complaciéndole muy gustosos.

Dos nenas. Barcelona.—No, señoritas; en esta casa (que es de ustedes) no hay ningún mancebo cuyas señas coincidan con las que nos envían. Todos nosotros somos de una «morenez» berebere, y ninguno nos llamamos Canuto, ni por casualidad. Sentimos no poseer las gracias (no hay de qué darlas) de ese joven cuya desconsoladora historia nos cuentan ustedes en su carta en tan patéticos términos, que hasta el chico de la Redacción ha cogido tal «perra» que ha sido preciso darle dos capones para que se callase. De todas maneras, sepan ustedes que nosotros también somos ¡ay!, hermosos, aunque no tengamos la suerte de llamarnos Canuto...

Dirijase toda la correspondencia al apartado 7.002.



—¡Pero no te quites el sombrero!...
—Es para que le veáis la marca. Como me lo he comprado en la Sombrerería PONCE...

PLAZA DE MATUTE, 12. — MADRID



—De ver y adquirir novedades...
—¡Ya! Tú siempre tan elegante.
—No, no se trata del cuerpo; son libros exquisitamente editados por Yagües. También hay que elegantizar el espíritu.

— LIBRERÍA YAGÜES —

Caballero de Gracia, 28. — Madrid.

SERVICIO ESPECIAL DE REVISTAS DE MODAS

A PLAZOS

y con precios de contado, ofrecemos al público, EN TODA ESPAÑA, nuestros aparatos y discos

ODEÓN, FONOTIPIA Y FADAS

Éxito inmenso
de este mes:

Arco Iris



Con gusto le enviaremos gratis nuestros nuevos catálogos de aparatos y discos y las condiciones de las

VENTAS A PLAZOS
si usted lo solicita
de

FADAS. = Peligros, 14 y 16. = MADRID



PAGINAS DE UN FOLLETIN

Por

Alvar -



Quando D. Heliodoro leyó el anónimo en el que se le notificaba la fuga de su esposa con un recudador de contribuciones...

sintió que la tierra faltaba bajo sus pies, y que...

un torrente de lágrimas fluía de sus ojos...



Perdió totalmente la cabeza...

y el corazón huyó de su pecho.

En el desequilibrio de su ser...



destrozado por la emoción...

aun tuvo energías, no obstante, para sobreponerse...

hasta que viendo ante sí a su propia esposa, comprendió que todo había sido una broma bastante pesada...

La Risa

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

: DOCTOR FOURQUET. 4.—MADRID :

APARTADO 7.002. —TELÉF. 30-76 M.

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS

CON EL DEBIDO RESPETO



Sabido es que en el *argot* varietinesco se llaman artistas «teloneras» aquellas que actúan en los primeros números del programa anunciado, y, más extensamente, se dice que estas artistas, por el puesto que ocupan en el orden del espectáculo, «levantan el telón».

Ante un conocido y popular fotógrafo y empresario de *varietés* se presentó, no hace muchos días, una opulenta mamá, acompañada de su retoño, una niña «dieciochesca», que pretendía eclipsar a las «estrellas» de primera magnitud lanzándose por los risueños campos de las *varietés*.

Después de una hora de charla insustancial, la mamá expuso el objeto de su visita:

—Mire, señor: Yo quiero que mi niña *adebute* en su teatro...

—No hay inconveniente, señora..., aunque supongó que conocerá las costumbres en estos casos. Las artistas no suelen cobrar nada... hasta que demuestran que, en efecto, gustan al público... Mientras no adquieren algún renombre...

—Caballero—respondió la mamá muy digna—: mi niña, gracias a Dios, tiene quien se lo gane. No es como tantas desgraciadas...

—Lo celebro, y que sea por muchos años... De modo que ya sabe usted... Debutará «levantando el telón»...

A lo que contestó la buena señora, irguiéndose se iracunda:

—¿Pero usted qué se ha creído que es mi niña? ¿Para levantar el telón?... En todo caso, mandaré a mi marido, que le tengo en casa sin hacer nada...



Se traía de la mamá de cierta cupletista muy conocida, poseedora de un monísimo perrito blanco que la acompaña a todas partes.

Esta buena señora vive en la lamentable creencia de que la palabra «goyesco» sirve para expresar la quintaesencia del buen gusto, de lo ultra *chic*.

Tanto, que la otra noche, en la tertulia del Continental, después de haber elogiado una pulsera que le habían regalado a su «niña», diciendo que era «goyesca» del todo, y después de haber ensalzado unas medias de seda, que también eran completamente «goyescas», dijo, hablando de cierto pollito «bien» que desde hace tiempo galantea a la artista en cuestión:

—¡Ay! Estoy encantada con ese muchacho... ¡Qué simpático, qué atento, qué fino, qué elegante! ¡Es lo que se dice un hombre «goyesco», «goyesco», «goyesco»!...

Y diciéndolo entornaba los ojos y movía lentamente la cabeza...



Una artista de *vaudeville* que se ha dado a conocer en Madrid rápidamente gracias a la donosura con que destroza el castellano, hablando en su camerino, hace unas cuantas noches, con unos abonados, decía, al describir un fuego que devoró cierto teatro de Cataluña:

—Mire: al principio, ¿sabe?, no parecía nada; pero *andespués*, el fuego fué tomando «excremento», fué tomando «excremento»..., y no quedaron ni los clavos...

LOS GRANDES INVENTOS

LA UTILIDAD DEL PARAGUAS

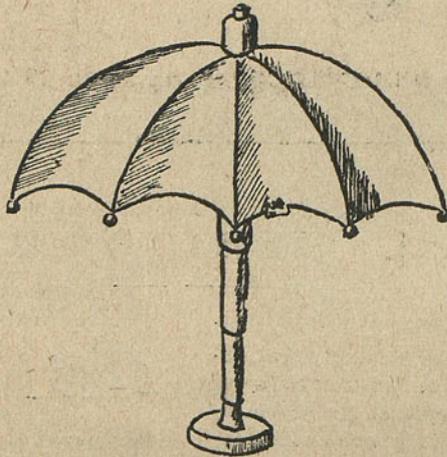
¿Quién ha dicho que el paraguas es un chisme perfectamente inútil?

A este desconocido pensador van dirigidas las presentes líneas, en las que se reseña la formidable invención del profesor Jhonathansen, de la Academia de Frethisburgo.

Llegó la hora de la vindicación de la honorable clase del paraguas, que tantas calumnias soportó durante largo espacio de tiempo.

Allá van, en cuatro rasgos, las características de este invento, llamado a producir gran sensación en la industria y una revolución en el orden económico y social de la vida.

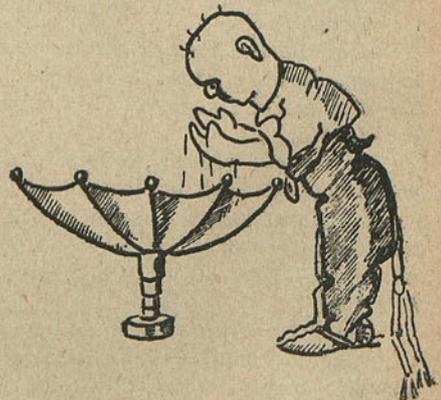
Se trata de un paraguas vulgar en la apariencia, pero de resistente varillaje, de grueso más-



diantes, viajeros de comercio y pensionados de clases pasivas. Para evitar el desagradable encuentro de pelos, moscas y otros náufragos en el agua con la que tengáis el proyecto de lavar vuestro rostro, nada más útil que el paraguas Jhonathansen, pues bastará desmontar el mástil, atornillarlo en el mismo regatón y asentarlo suavemente en tierra para que os veáis dueño de un admirable lavabo, que también pudiera servir de pila bautismal en

caso de urgencia, pues la tela del paraguas Jhonathansen es tan resistente que puede soportar las mayores presiones sin rasgarse.

Si en vuestra alcoba sorprendieseis la molesta presencia de chinches, pulgas, murciélagos y



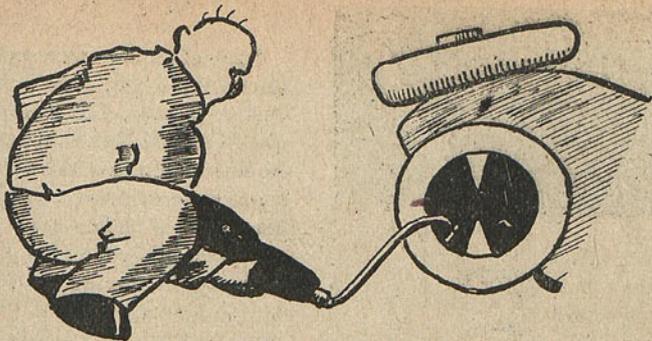
fil extensible, con el puño algo mayor que el de los paraguas ordinarios, redondo y plano.

Si por vuestra desgracia habitáis en inmundas casas de huéspedes, y si por añadidura sois pulcro y metódico, indudablemente os ha de producir vivísima repugnancia lavaros la cara en palanganas en las que mucho antes que vosotros se lavaron varias generaciones de estu-

otros «parásitos», también el paraguas Jhonathansen puede seros de una gran utilidad, pues con sólo que le hagáis recobrar su primitiva forma, esto es, colocando el mástil en posición normal, y cogiendo el utensilio por su parte media con la mano izquierda, si apretáis con la derecha el puño hacia dentro, como si se tratase de una jeringa de inyecciones, observaréis que

por el extremo del regatón, surge una nube de polvos insecticidas que la previsión del profesor Jhonathansen ha colocado encerrados en un pequeño depósito, dentro del puño del paraguas.

Si sois automovilista y en plena carretera vuestro coche sufre una *panne*, por rotura del neumático, el paraguas Jhonathansen os servirá de bomba para inflarle de nuevo, una vez



pegado el parche consiguiente.

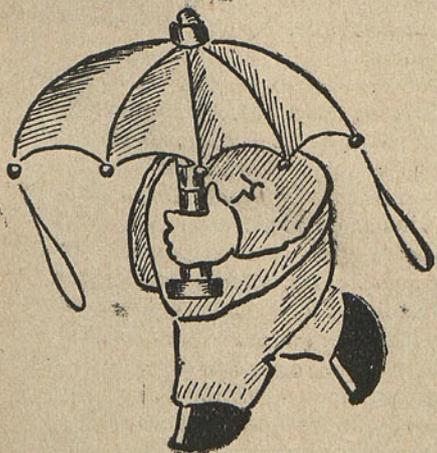
Si sois aficionado a la astronomía, el paraguas Jhonathansen podrá servir de admirable telescopio, pues en el interior del mástil existe un ingenioso juego de

potentes cristales de aumento, que os permitirán presenciar una lucha de tortugas en el planeta Marte.

¿Puede dársele mayor número de aplicaciones a un simple paraguas?

Mas, pese a los profundos estudios que en la materia ha realizado el sabio profesor Jhonathansen, no ha podido conseguir que este admirable utensilio sirva para preservarnos de la lluvia.

[Texto y monos
de
GONZALITO.



LEYENDO "EL ÁCRATA"



«Un día el pueblo levantará las barricadas.»

CUENTO VIEJO



El chico.—Señor Feli: ¿a que no sabe por qué le ha salido ese grano?

—¿Por qué?

—Pues ¡por meterse a farolero!...



—Pues no está usted poco orgulloso porque me convida a comer. ¡Para una vez que se estira usted!...

Todo el mundo reconocía el saber de aquel doctor Espinosa, especialista de las enfermedades del pulmón. Sus discípulos, los alumnos de quinto año de Medicina, admiraban el talento de su catedrático, y ante sus explicaciones sentían cierto supersticioso respeto no exento de envidia, pues a buen seguro que no llevaría tres años al más viejo de los discípulos.

Era un hombre de unos veinticinco años, de mirada franca y leal, de frente amplia y despejada de idealista. Además, un sabio.

No obstante, quizás la misma fe en su ciencia fué la causante de aquel fiasco del que tanto hablaron sus enemigos y fué la comidilla durante mucho tiempo en las tertulias de los profesionales.

Fué un día, verificando su cotidiana visita a los enfermos del hospital, acompañado de sus alumnos.

Atravesaron las amplias naves, llenas de sol, y llegaron frente al lecho en donde descansaba un hombre de faz demacrada, ojos hundidos y barba de quince días.

—He aquí—explicó el doctor Espinosa apenas los alumnos hubieron rodeado el lecho del paciente— un caso de hepatización pulmonar bien visible. Recordarán ustedes que en la clase del otro día les hablaba de los casos en que los tejidos orgánicos pueden llegar a un estado tal que presente aspecto parecido al del hígado. Aquí tenemos un enfermo de este caso. Seguramente este hombre ha hecho en su vida un gran esfuerzo pulmonar. Es probable que sea músico...

Y dirigiéndose al paciente, le preguntó:

—Diga usted, amigo, ¿cuál es su profesión?

—Músico, doctor—respondió el enfermo con voz desfallecida.

El doctor Espinosa paseó una mirada de triunfo en torno suyo, y los alumnos no pudieron contener una exclamación de asombro ante la sagacidad de su catedrático.

—¿Ven ustedes?—prosiguió después de una pausa bien elocuente—. He aquí el triunfo de mi teoría. Es indudable que el ojo clínico puede muy bien suplir con ventaja a un reconocimiento detenido. Este hombre es músico, y por efecto de los ejercicios a que ha sometido el pulmón durante su carrera, se encuentra hoy en el lamentable estado en que ustedes ven. Quizás toque el trombón. Acaso el clarinete..., quién sabe si el oboe...

Y dirigiéndose nuevamente al enfermo, inquirió:

—Y diga usted, ¿qué instrumento toca? ¿El fagot, el fiscorno, la trompa?...

A lo que contestó el moribundo con voz opaca:

—No toco ninguno de esos instrumentos, señor.

—¿Acaso el trombón, la flauta?

—No, no, señor... Toco el bombo.

El doctor Espinosa tuvo que hacer heroicos esfuerzos para no caer desmayado en brazos de sus discípulos.

RAMÓN ROMÁN.

BELLEZAS DE ESPAÑA



Las fuentes de «La Granja».



21 (NOTAS DE UN «SOQUILLA» DE LA CORTE)

Las últimas carreras de caballos.

Con un tiempo pésimo para la siembra de remolacha celebráronse el pasado jueves las últimas carreras de otoño, que han superado en magnificencia y esplendor a las que se celebraron en Colmenar Viejo el pasado año con motivo de la reaparición de la gripe en el cercano pueblo.

A pesar del escaso número de trenes botijos que en esta época del año salen para Alicante, celebráronse estas carreras en el callejón de Preciados por no poder efectuarse en el Hipódromo a causa del excesivo número de setas venenosas que allí se crían en vísperas de elecciones a diputados.

Los señores de la aristocracia que acudían a



sostener apuestas con sus mozos de cuadra, caminaban nerviosos entre las tribunas con los gabanes arrastra, comiendo majuelas y cantando la tabla de multiplicar.

La cuadra de Federico Delrieu estaba animadísima. Varios aristócratas, descalzos de pie y pierna, contemplaban los caballos percherones que se iban a disputar el premio grande, y entreteníanse, mientras llegaba la hora de las carreras, en arrojar al rostro de las señoras viudas intestinos de perro ratonero y cabezas de sardinas arenques.

El premio «Nobel».

La expectación estaba en la carrera «Nobel», cuyo premio, que consistía en cuatro pesetas en calderilla y un calendario zaragozano del año 1873, se lo disputaban tres caballos percherones sistema Rospkoff, sin herrar; dos burras lecheras de pura sangre, del barón de Velasco, y cuatro mulas enfermas de coqueluche, del duque de Tovar.

Terminaba la segunda carrera ordinaria, cuando un piano de manubrio anunció la llegada de los emperadores de Kamelaguntia, que venían a gatas desde *La Bombilla*, acompañados de su tía la princesa Jacoba, que vestía de luto con pañuelo de hierbas a la cabeza, por haber perdido a su yerno en un desprendimiento de tierras.

El Sr. Millán de Priego los esperaba ya en la tribuna echándose unos tacones de goma en el sombrero hongo, y obsequiando con guindillas cocidas a cuantas personas le preguntaban si había visto torear a *Cúchares*.

El cronista fué hacia la pista para contemplar los caballos, luciendo un magnífico gabán de pelo de cabra hecho a ganchillo, sombrero cordobés y espuelas, causando la admiración de todos los guardias cortos de talla que encontraba a su paso.

Los corceles, enjaezados a la gran d'Aumont, pasaban caracoleando nerviosos frente a la concurrencia, que, entusiasmada, pedía a voces tabaco de cuarterón y lamía los gallardetes del stand.

Allí vimos a las condesas de Heredia Sepñola y Semprún tomando quince de Valdepeñas con la señorita de Malqueda y de Castro-Nuño. El duque de Carbonilla Reseca, que ya no le sudan los pies desde que se los lava con bándolina, al darse cuenta de la presencia del emperador de Kamelaguntia, le saludó en latín por señas, y le dijo que a Bergamín se le había dislocado una pierna por hacer las aguas mayores en el saloncillo del teatro Lara.

El cronista vió también que la señorita de Núñez de Balboa, por no sacar las manos del manguito, abría con los dientes un barril de aceitunas. Toda ella vestida de telas de jergón pardo y con unos parches porosos en la yugular, contemplaba sonriente el soberbio espectáculo y se rascaba los sobacos con una bruza. Las señoritas de Mugueros y Matesanz entraron en la pista saltando a la comba.

Eran como dos cebolletas arrancadas de la misma mata, cuya belleza sin rival fué ya descrita por el poeta Muñoz Seca en estos lindos versos:

«A la orilla del Ebro
firan fuertes cañonazos.
Maresita de mi alma,
¡qué caro está el abadejo!»

De pronto, los *jockeys* se quitan las botas de cañamo negro y se disponen a montar. El jefe de pista hace la señal con una zambomba y grita con voz aguardentosa: «*Allons vite! Requiercant in pace*». Y comienza la carrera.

Los caballos percherones y las burras entran en la pista como rayos, a una velocidad de un kilómetro por hora. A la primera vuelta cae uno de los jinetes, y se rompe el pantalón y la base del cráneo. Acuden varios carpinteros de armar, y, después de reanimarlo con un queso de Villalón y dos patadas en el hígado, vuelve a tomar parte en la gran carrera.

Mientras tanto, las acémilas, que corren sin cesar, toman la recta por última vez, entrando en la meta por este orden:

Primero, *Colillero*, del emperador kamelagunfino, que ganó el primer premio y la centena del segundo.

Premio segundo, para la borrica *Desgreñá*, del duque de Tovar, que padece de esparabanos y tiene el hocico en carne viva.

Tercer premio, para *Sarnoso*, de Federico Delrieu.

Y cuarto y último, para *Machaquito*, borrico garrón del cónsul de Turquía en Las Cambroneras.

Las apuestas pagáronse a real por duro, con el 20 por 100 de descuento.

Epílogo sentimental.

Cuando agoniza la triste tarde otoñal, finalizan estas famosas carreras al estilo de París y la Alcarria. Lindo sabor nos dejan estas fiestas parisinas. ¡Adiós, viejo Jarwis! ¡Adiós, ideales Chuchita y Mimí!... ¡Adiós, *Ninón*! Pronto atravesaréis el Pirineo en volquete, y quizá no nos veamos más.

Mi emoción transmítese a las lindas damiselas



del gran mundo español, que enjugan sus lágrimas y excrecencias nasales con sendos trozos de esterilla verde, y aseméjense, en tan melancólicos momentos, a los traviesos serafines que gimitotean por los desvanes de la Gloria al ser amonestados a alpargatazos por el paciente Perico, el sacro portero...

BLAS-KITO.



—Oye, Panchito: ¿por qué te pones ese cuello tan alto?
—Porque así sabían dónde empieza la cabeza...

Gustos que merecen palos.

La alegría que nos da a todo el mundo cuando no pagamos al cobrador del tranvía.

El placer que nos causa ir tumbados en el tren y no levantarnos cuando con la mirada implora asiento un nuevo viajero.

El pedir prestado un libro que estamos segurísimos de que no vamos a leer.

El no podernos *pasar sin nuestra tacita de café.*

El invencible temor que experimentamos al ver a un obrero en lo alto de una casa o de un andamio, y el vago deseo que nos acomete de que se caiga.

La risa que nos da siempre que se cae alguien.

El júbilo que nos invade cuando nos dan entradas gratis para el teatro.

Las palmaditas que damos en noches de estreno poniéndonos de pie en la butaca o asomándonos mucho en el palco, especialmente cuando la obra estrenada no nos ha gustado.

Las voces que le damos a nuestra cónyuge antes de cenar, para, después de cenar, pedirle un armisticio.

Vender y comprar en el teatro Real butacas *sin entrada.*

Poner a nuestros hijos nombres sonoros, como Pantaleón, Proto, Epistasio, Crótido, etc.

Decirle a un señor que nos revienta que *hemos tenido mucho gusto en saludarle.*

Sonarse las llaves en el bolsillo del pantalón mientras hablamos o nos hablan.

Vender los libros con la dedicatoria que le puso nuestro amigo el autor.

Crear en los refranes.

Ir al Rastro a buscar cosas que se venden en todas partes menos en el Rastro.

Mirar mucho el sobre de una carta antes de abrirla.

Tener sueño y no dormirse.

Y dormirse en cualquier parte menos en la cama.

No te fíes, hijo mío...

Del amigo que sube a saludarte alegando que pasaba cerca de tu casa, porque de fijo que sube a pedirte algo.

De la mujer fea que habla bien de su amiga.

De los sueltos de Contaduría.

De las improvisaciones.

De las *liquidaciones forzosas.*

De las quintas ediciones de ciertas novelas.

De las cosas que te cuente, suspirando, toda señora gruesa.

De las cartas de secretaría particular.

Del letrero de los vagones que dice *alquilado.*

De las administraciones donde siempre toca la lotería.

De los específicos.

De los secretos que se te confíen.

De las personas que llegan pronto al tren y tarde al teatro.

De los hombres que sonríen siempre, y dicen *carape, demontre y cáscaras.*

De los que van al concierto y se duermen.

De los que quieren en seguida que se les tutee.

De los cojos que alaban su cojera.

De la Virgen, y corre cuanto puedas, hijo mío.

De la carta que no esperas.

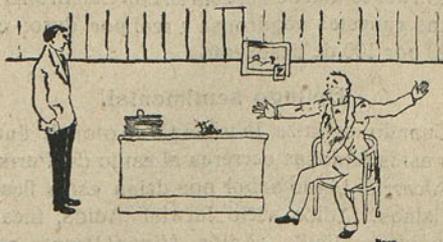
De todos los que dan, en vez de la mano, los dedos.

De los que hablan bajito.

De todo abrazo muy fuerte.

De toda novela muy larga.

De toda falda muy corta.



—Señor director, ¿me da usted permiso para ir a enterrar a mi tío?

—¡Pero, señor López, todas las semanas entierra usted a su tío!...

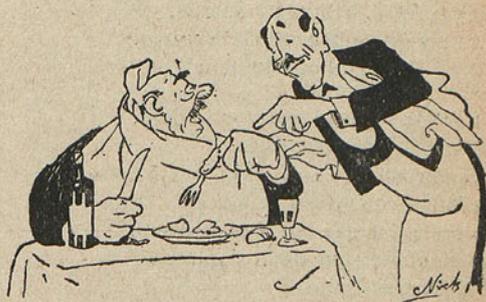
—No, señor; ésta no es más que la segunda vez.



El.—Pues si te están pequeños esos zapatos Luis XV, que te saquen unos de Luis XVII o Luis XVIII...



—Sí, compañeros: ¡En cuanto vengan los nuestros suprimiremos la pena de muerte, y no ahorcaremos más que a los burgueses!...



—¿Pero qué has traído aquí?
—Buñuelos de viento.
—Pero, desgraciado, ¿no sabes que estoy cons-
tivado?

La Risa

¡QUÉ TE IMPORTA!...

¡Qué te importa que yo esté muy triste,
qué te importa que rabie y que pene,
qué te importa que lllore y que sufra,
si ya no me quieres!...

¡Qué te importa que pase las noches
rondando tu casa tan sólo por verte,
siempre expuesto a que suelien el perro
o a que salga tu madre y me pegue!...

¡Qué te importa que ya, en las verbenas,
ni me marque un *schottish*, ni ría, ni juegue,
ni que esté cada vez más *delgao*,
ni que tenga la faz *cadavere*,
ni que, en casa, mi madre al pescuezo
un cencerro pequeño me cuelgue
pa saber cuándo estoy junto a ella
o si *tié* que buscarme me encuentre!...

¡Qué te importa que pierda las fuerzas
hasta ya no poder sostenerme,
y, en la fábrica vea el maestro
que Bartolo, *El Fumista*, se duerme,
y me afice dos coces seguidas
en la parte que tengo más *terne*,
ni que *haiga tenío* en un año
las viruelas, el tifus, el dengue,
y un orzuelo en el ojo derecho,
y un chichón como un huevo en la frente,
que me lo hizo tu padre aquel día
con la estaca que gasta los viernes!...

¡Qué te importa que pase las horas
sufriendo angustiosas fatigas de muerte,
y me gaste dos duros diarios
convidando a tu tía a aguardiente,
y a chuletas *asás*, y a buñuelos,
y a castañas, bellotas y nueces,
pues me gasta la *andoval* un saque
que no hay Dios que lo llene!...

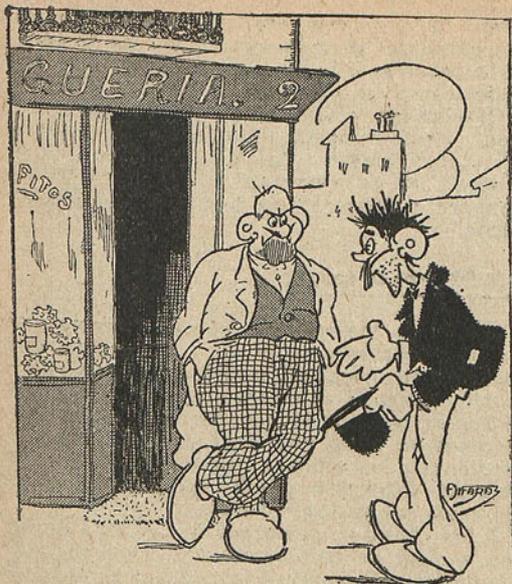
¡Qué te importa saber todo esto,
qué más da que te cuente
mis angustias, mis duelos, mis penas,
las fatigas que paso de muerte,
las congojas que sufro en silencio,
los plantones que llevo por verte,
si al fin eres como
las demás mujeres:
que, una vez que han perdido el cariño,
ya *pués* molestarte, que a querer no vuelven!...



—Cuando acabe de echar agua, avise...

—Señora, ¿por qué no se quita usted cuando llueve?

G. DE ALVAR.



—Oiga: ¿a cómo son esos panecillos que tiene en el escaparate?

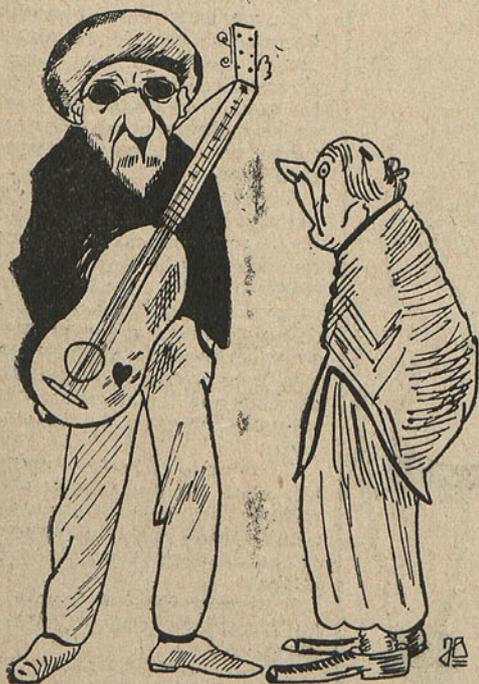
—No son panecillos. Son esponjas.

—¡Ah!, perdone. ¡Como llevo tanto tiempo cesante!...



—¿Cómo no pone usted palillos en la mesa, patrona?

—Porque después de usarlos no los dejan ustedes en su sitio...



—¿Y tú qué opinas del expediente Picasso?

—Que yo lo veo todo desde otro punto de vista.



—¿Me prestas mil pesetas para ir a Suecia?

—No; porque cuando vuelvas te harás el sueco...

FIESTAS DE PUEBLO

Grandes festejos en Villatortas

Día 25, por la mañana.

A las seis, aunque llueva a chaparrón, ocho *ilustraos* músicos, recién llegados de Madrid, recorrerán las principales calles y callejuelas del pueblo, a galope tendido, y tocando escogidas piezas de su *basto* repertorio. También tendrán el gusto de cantar un *cuplete*, *dedicaco* a Villatortas y sus vecinos, del que es autor Bartolito, el hijo del boticario, que es *mu dao* a las letras poéticas. A esta misma hora habrá voleo de campanas.

A las diez se dará suelta al burro del alcalde —el borrico que se le ha vuelto loco—, al que se emborrachará de antemano, y a un toro bravo, de cinco años y días, que llevará antorchas encendidas en las *hastas* y en el rabo. La persona que sea corneada por el toro y atropellada por el burro del alcalde ganará una copa... de ojeón.

A las doce, repique general de campanas, a

cargo de los mozos más brutos de Villatortas, que efectuarán el repique con la cabeza. Si alguno de ellos se la rompiera, puede continuar repicando con una alpargata.

Después del repique, en el frontón de la plaza gran partido de pelota. Los jugadores llevarán las manos atadas y los ojos vendados. A la misma hora, en la entrada del pueblo, feria de ganados y carreras de hombres metidos en sacos.

Día 25, por la tarde.

A las tres, los músicos volverán a recorrer el pueblo, acompañados de dos monaguillos, que tocarán con campanillas un jacarandoso paso-doble torero. A éstos seguirán el tío *Berzas* y el *Tortas*, que, con su acostumbrada sabiduría, encenderán hasta seis docenas de cohetes, y arrojarán a las señoras detonantes *garbanzos de pega*. (No vale coger las varas de los cohetes hasta que estén en el suelo).

A las cuatro en punto, primera corrida de toros, a cargo de los *fenomenales fenómenos* *El Merengue* y *Pepinillo II*, que estoquearán cuatro bravísimos toros de la desacreditada ganadería de D. Inocente Buey y Becerro. (Véanse carteles... y adquieráanse localidades.) Después de la lidia formal se dará suelta a cuatro bravísimas vacas para que sean *atreadas* por los *aprendices*.

Se advierte a éstos que el señor alcalde prohíbe terminantemente morder a las vacas y arrancarles los cuernos, y que a los matadores de la lidia formal se les maltrate, como años anteriores, pues ahora ya nos vamos civilizando.

Terminada la corrida, gran baile en la plaza, hasta la hora de cenar. El que no pueda cenar, que se quede bailando.

Por la noche, a las nueve, baile otra vez y regalos a las señoras. (No vale pegar a las mozas ni arrastrarlas por el suelo, pues el año *pasao*, con la disculpa de ese baile que llaman el *fox-trote*, algunos mozos hicieron e burro.)

Terminado el baile se prendrán unos bonitos fuegos artificiales y se elevarán globos de papel. Queda prohibido agarrarse a los globos *pa* subir *pa* arriba.

Y terminados los fuegos, se ha terminado todo hasta el día 26.



EL PINTOR.—¿Está bien así?

EL ATLETA.—Hombre, sí; pero parece que aun cabe otro cero...

Por la copia,

NICOLÁS DE SALAS

INFORMACIONES DEL EXTRANJERO

(DE NUESTRO SERVICIO TELEFÓNICO, TELEGRÁFICO Y PSEUDOELECTRORADIOGRÁFICO)

Nueva Zelanda, 5 m.—Según nos comunica el cónsul de Newcastlevione, los indígenas se han merendado a un padre misionero que, predicando la doctrina de Cristo, se introdujo en el distrito de Zampelzowizch.

Parece ser que el tal misionero poseía plétora de grasa, y esta circunstancia abrió de par en par el apetito de los zampelzowizchinos, que no han dejado ni los botones de la sotana. El *Daly Telegraph Newcastlevionense* relata el desgraciado accidente en los siguientes patéticos términos:

«Se encontraba el padre Reverte (que así se llama esta víctima de su sagrado ministerio) en la Reducción de Fitzschewischiz, y desde una de las ventanas vió llegar un grueso número de salvajes que, agitando mazas, lanzas, sartenes y otras armas guerreras, pretendían asaltar la Residencia. El padre Reverte, al verla que se le avecinaba, pretendió huir saltando por una ventana; pero los indígenas, que le vieron, le gritaron: «Soze abi, soze abi, Reverte!» (que quiere decir en castellano castizo: ¡No te tires, Reverte!), y ante tal intimidación, y en vista de los guiños un poco molestos de los asaltantes, no tuvo más remedio que declararse vencido. Pocas horas después yacía en una inmensa sartén, rodeado de espárragos fritos y cubierto de una gruesa capa de salsa verde.

»El Gran Hippépitex, rey de los zampel... etc., ha declarado que quedó complacidísimo del sabor del misionero. Asimismo, todos están de acuerdo en confesar que el pobre padre Reverte *sabía* mucho y bien.»

El cónsul de Newcastlevione trabaja activamente para conseguir que los feroces indígenas devuelvan, por lo menos, las tabas de la víctima (si es que no se las han comido también), para enviárselas al padre rector de las misiones como recuerdo de este mártir de la fe.

✻

Vadsoe (Norlandén), 6 t.—Afortunadamente, ya se conocen más detalles del naufragio del «Waselinosch», que conducía la expedición «Cockelet», organizada por la Academia de Ciencias de Suecia. Hoy, ante el juez de Vadsoe, se ha presentado una foca, festigo presencial del desgraciado accidente, la cual jura

por su madre, que está en el Polo, que los veinte arriesgados expedicionarios murieron completamente al chocar el «Vaselinosch» contra un banco de hielo, el cual, por efecto del choque, se abrió para volver a cerrarse inmediatamente, aprisionando al buque por el casco. Asegura que será preciso aguardar la apertura del banco para librar al gigantesco prisionero, aunque no está muy seguro de que en los bancos de hielo se devuelva el casco, como ocurre en la mayoría de las farmacias. En cuanto a la suerte de los desgraciados expedicionarios, asegura que ha sido bastante mala. El doctor Nicolqueztiz, que dirigía la expedición, falleció víctima de un cólico de higos de Fraga (1), y en el estertor de la agonía aseguraba que su plan era montar una horchatería en el vértice de la Tierra.

(1) Advertimos al lector que los higos que causaron la muerte al doctor Nicolqueztiz no procedían del tan renombrado pueblo de Fraga, de la provincia de Huesca, célebre por sus higos secos, sino que fueron regalo del empresario de igual nombre, que obsequió al sabio expedicionario a condición de que le contratase unos cuantos esquimales para hacerlos actuar en el teatro de la Zarzuela.



—Pero dígame usted los motivos que tiene para venir tan tarde.
—Pues, verá usted...: que es más cómodo...

LA MODA FEMENINA

Sombrero fonógrafo, «dernier cri».

Es indudable que el trato social y los deberes que contraemos con los semejantes nos obligan muchas veces a mantener conversaciones enojosas con personas que nos son sumamente molestas. En especial, las señoras son verdaderas víctimas de este tormento social, pues son las que más frecuentan reuniones y tertulias, a

las que no les es posible sustraerse ni disculpar su asistencia.

Para aliviar un tanto las molestias que lo expuesto origina, madame de Trifault ha ideado el precioso modelo de sombrero que el lector puede



admirar en el adjunto dibujo.

De linón, forrado de satén negro, bajo la copa esconde un diminuto aparato fonográfico, cuyos auriculares son las dos bridas, que pueden anudarse por debajo de la barba.

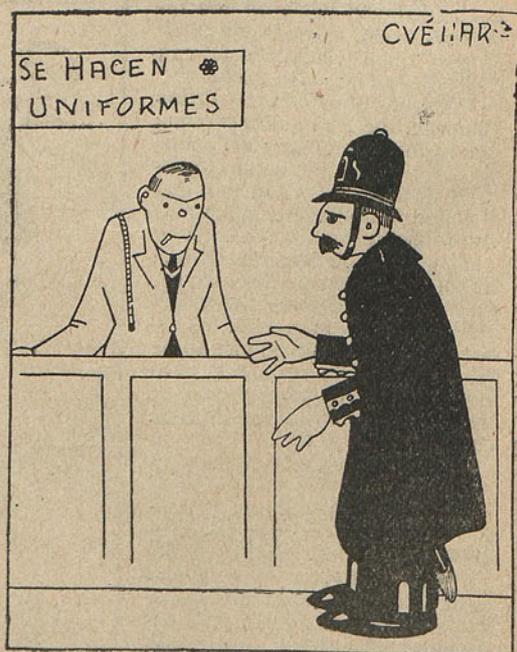
En el momento en que la conversación os sea más enojosa, no tenéis más que introducir en cada oído uno de los auriculares para que el fonógrafo comience a funcionar, pudiendo permanecer con el semblante sonriente, escuchando delicados trozos musicales, mientras vuestras amigas despelligan a los ausentes.



Y como de estas reuniones suele volverse tarde a casa, nada más indicado para completar la utilidad de este delicioso modelo que la aplicación de una pequeña candileja de aceite en uno de los picos del sombrero, para que, encendiéndola en el portal de vuestra casa, podáis subir la escalera sin tropiezo alguno.



—¡Chica, mi profesora es bestial!
—¡Pues mi profesor es brutal!...



—Un uniforme para mí, ¿cuánto cuesta?
—¿Con casco, ciento cincuenta pesetas.
—¿Y devolviendo el casco?

EL BAUTIZO DEL NENE

Quizás el propio interesado ignore que el caso que vamos a relatar es un gracioso percance ocurrido a los invitados a su bautizo, hace de esto unos veintiocho años; pues se trata nada menos que de un aplaudido autor cómico que en la temporada pasada consiguió un gran éxito con cierta obra de enredo estrenada en un teatro que ha cambiado de nombre recientemente..., y de género... ¿Más claro?

Pues, como decíamos, se iba a celebrar el bautizo de la criatura, y el padre, también aplaudido autor cómico, invitó a unos cuantos artistas de cierto importante teatro de género chico.

Fueron Emilio Carreras, Julián Fuentes, Guerra y un popular tenor cómico retirado hace pocos años de la escena. Todos fallecidos, menos este último, que aun «colea»..., a Dios gracias.

Como quiera que todavía era temprano para dirigirse a la iglesia, los invitados, hombres todos de excelente humor, decidieron jugarse mano a mano una partida de tute en una pastelería muy frecuentada en aquel entonces por la gente del teatro.

Cuando concluyeron la partida emprendieron el camino de la iglesia.

Detrás de todos iba el malogrado Julián Fuentes, primer actor cómico, el cual, al pasar por delante de una tienda de ultramarinos sobre cuya puerta se balanceaba una inmensa bacalada, no se le ocurrió más que descolgar tranquilamente la muestra del establecimiento y colocar en su puesto el siete de copas, que sacó de una baraja que llevaba en el bolsillo.

Inútil es decir que tras el espontáneo «metamorfoseador» salió el dueño del establecimiento dando voces:

—¡A ése, a ese... ladrón! Me ha robado una bacalada...

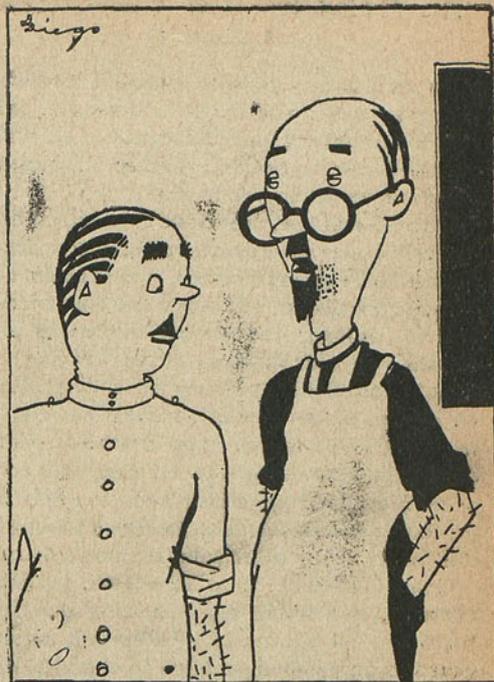
—¿Yo?— exclamó con admirable sangre fría el acusado—. Yo no le he robado a usted nada.

—¡Cómo que no, si lleva usted la bacalada que tenía en la puerta!...

—Mire usted, buen hombre: es que yo siempre he oído decir que, en el juego del «tute», el «siete» quita la «muestra»...

Según creo, a consecuencia de esta broma fueron todos los invitados a la Delegación.

Bajo semejantes auspicios profesó la fe de Cristo el popular autor cómico...



—El doctor Peláez dice que usted ha matado a muchos enfermos.

—Sí; pero él ha matado a muchos sanos...



—Eres el animal más grande del mundo.
El profesor (llamando al orden).— Señor Pérez, que estoy yo aquí...

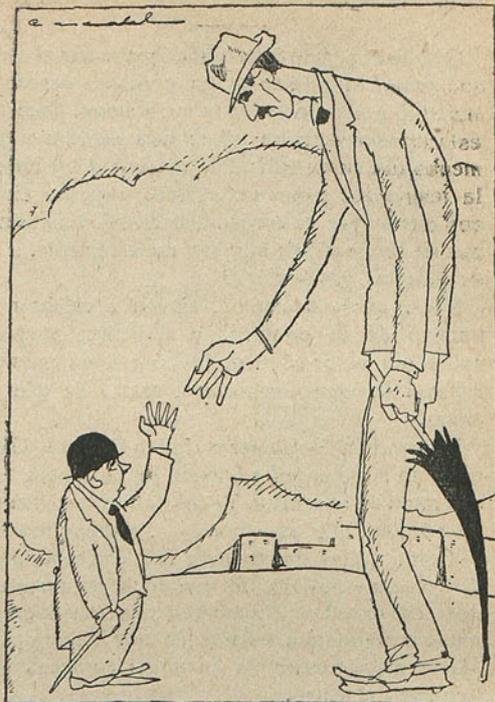
Por el recuerdo,
MIAU.

“EL CABARET DE CONCHITA”

En un clásico y popular teatro de Madrid se anunció el estreno de una obra titulada *El cabaret de Conchita*, y, dado lo sugestivo del título, acudió al estreno bastante público, dispuesto a saborear las delicias de la obra.

Pero he aquí que, desde que el telón subió, el respetable empezó a demostrar su aburrimiento, por medio de siseos primero, con el pateo después, y, por último, con patatazos, llamando la atención de los pateadores que, si bien las principales partes de la compañía no acogían con agrado los silbidos y demás actos de protesta, en cambio los personajes secundarios, que simulaban una partida de empedernidos jugadores de monte, seguían jagando tan tranquilos como si no fuera nada con ellos, dando con esto una prueba de que sabían desempeñar su papel a las mil maravillas, y obteniendo algunos aplausos.

Como la obra era larga, monótona, pesada y aburrida, a la tercera representación el público brilló por su ausencia, y solamente algunos guardias dormitaban perdidos en el desierto patio de butacas; pero en la cartelera del popular



—¡Cuidadito!, ¿eh? ¡A mí me habla usted más bajo!...

VEINTE AÑOS DESPUÉS



—¡Ya no me quieres, Agapito! Hace veinte años me hubieras cogido en brazos para pasar ese arroyuelo...

teatro se leía diariamente *El cabaret de Conchita* en las dos secciones de tarde y noche.

Un aficionado al popular coliseo que conocía al empresario, preguntó a éste:

—Pero, ¿por qué no retiras esa obra del cartel? ¿No ves que no va nadie? Yo mismo, que antes iba todas las noches, hace ya seis que no asomo por allí.

—¿Pero tú no sabes—le contestó el empresario—que está prohibido el juego en Madrid?

—Sí; ¿y qué?

—Pues que allí se juega.

—Pero, ¿se juega de veras?

—Claro, hombre, claro. La partida de monte es de verdad.

—Ya decía yo que los jugadores eran los únicos que estaban en su papel. Desde esta misma tarde paso a formar parte de la compañía.

Y de tan sencilla forma, y cuando el juego era más perseguido en Madrid, consiguieron los jugadores formar la más castiza y numerosa partida, ante las mismas narices de las autoridades.

EL DIVIESO DE UN BANDIDO

CARICATURA CAMELISTICA SIN PRINCIPIO NI FIN, PARODIA DE LAS NOVELAS POR ENTREGAS, BASADA EN UNA NOVELA POLICÍACA PUBLICADA POR UN CONOCIDO EDITOR NORTEAMERICANO, ARREGLADA AL CASTELLANO POR
:: :: :: :: :: «BLAS-KITO» :: :: :: :: ::

(CONTINUACIÓN)



... teníamos que bajar por una cuesta que cerca de allí se veía...

—Por efecto del anonadamiento que la desgracia me produjo, llegó mi turbación al extremo de entrar a sacarme una muela en un salon de limpiabotas, y de acercarme a pedir lumbre para mi cigarro a una hermana de la Caridad. ¡Pero todo pasó, felizmente!

El desgraciado Robustiano acabó su preciosa narración, que, además de enternecernos como francesillas, nos desorientaba un tanto. Era preciso vencer; nuestra carrera policíaca, aguijoneada por nuestro amor propio, nos obligaba a la lucha... Dejamos al infeliz en la primera aldea que hallamos en nuestro camino, y después de besarle cariñosamente en el sobaco izquierdo, proseguimos nuestra interrumpida ruta en pos del anhelado ideal...

CAPÍTULO III

DRAMA DE AMOR

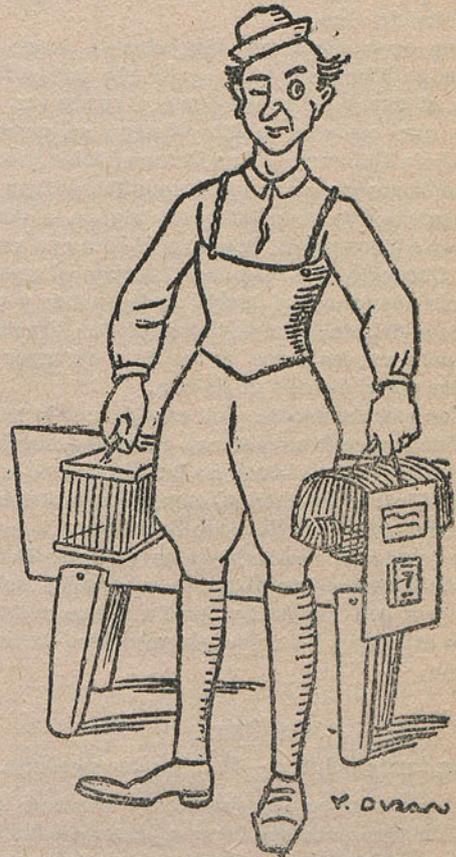
No habíamos caminado cincuenta y siete metros, cuando, al dar vista a una casa de labor enclavada en un espeso bosque de cocoteros, observamos que un nutrido grupo de aldeanos, vestidos de dril y fumando pitillos de cacao, co-

mentaban un espeluznante suceso ocurrido en la rústica finca.

¿Sería acaso el protagonista el temible Arthur Brown, el Lobanillo, que nosotros buscábamos? Nos dispusimos a averiguarlo.

Los aldeanos, con lágrimas en los ojos y mucha roña en el cuello, nos refirieron minuciosamente el suceso. Helo aquí:

En la tarde anterior, al toque de diana, disputaban violentamente en la citada casa laborable un matrimonio formado por Agamenón Recocho, de ochenta y seis años, natural de Cien-



... cogió para el pesado viaje lo más indispensable...

fuegos (Segovia), y Evarista Melantuche, de treinta y seis febreros, natural de Jerusalén.

Los celos y la pérdida de las colonias españolas fueron la causa de que el marido apuñalara a la esposa con saña impía, y de que se hayan subido los décimos del sorteo de Navidad.

«Hace diez y nueve años—nos decían nuestros interlocutores—que los esposos contrajeron matrimonio por la vía marítima, y durante bastante tiempo fueron felices, y dedicáronse, para ganarse la vida, a dar masaje en la nuca, gratuitamente, a los dependientes del gremio de ultramarinos cortos de vista.

De este desventurado y ya trágico matrimonio nacieron tres hijos, uno detrás de otro: Caín, Abel y Set; el mayor tiene diez y nueve años y juega a zurdas al tute «arrastrao», y el menor, de diez y siete, pasó el sarampión en octubre y tiene la novia en Azuqueca.

La dicha matrimonial se truncó hará unos catorce meses. Agamenón sospechó que su mujer le zurcía los calcetines con tramilla encarnada, y que tenía un amante veterinario, con el que se veía todos los jueves en los alrededores de la Fábrica del Gas.

Tan acentuados eran sus celos—a pesar de estar en Cuaresma y de ser el año bisiesto—, que, al dar a luz su esposa por cuarta vez, la dijo que como el nuevo vástago se parecía mucho a Guillermo II de Alemania, debía tirarlo inmediatamente por una alcantarilla, porque él no estaba dispuesto en modo alguno a verlo andar a gatas por la despensa. Y como ya eran tan frecuentes los disgustos, decidió el matrimonio abandonar el pueblo de la esposa y venirse a vivir en los alrededores de San Francisco para vender libros de cocina y aprender el inglés por el método de Eslava.

Con este cambio de vida parecía que la tranquilidad volvería a renacer en el hogar deshecho; pero, desgraciadamente, no fué así, puesto que el alucinado Agamenón empezó a sospechar también de un tal Eduardo Barriobero, porque éste le regaló a su esposa un calentapiés de caoba y un elefante disecado, y, además, solía enviarla con alguna frecuencia varias recetas para extirparse los callos sin necesidad de usar hacha.

CAPÍTULO IV

La tarde trágica.—Familia de asesinos.

El cielo estaba encapotado, no obstante sería día de ayuno con abstinencia. Enormes nublones, selváticos y turgentes, de un color verde ciervo muy subido, avanzaban al trote largo como queriendo volatilizar la tierra, ocultando

los cercanos picachos de las llanuras californianas.

En el valle, una luz pantagruélica y completamente inodora reverberaba sobre los pinos, plétoricos de alcachofas, prestándoles extraña transparencia. A lo lejos, la marcha nívica de los robledales, al diluirse en el ambiente gris, tomaba tonalidades platerescas. Un áspero perfume de vaho de pozo negro se repartía sobre todo.

En el horizonte, la mansa cordillera rectilínea esfumaba sus contornos y rozaba con sus crestas las olas del cercano y enojado piélago, heraldos funestos de la próxima tormenta. Las es-



... llegó a su hogar subido en unos zancos...

quilas lejanas del ganado de cerda enviaban sus ecos al paisaje, preñados de una música clásica, celestial... (música de Vives.)

Todo prestaba a la solitaria mansión de la catástrofe un hálito de cripta castellana, un resplandor de arnichesca tragedia, cual la que dentro de la casita triste desarrollábase en aquellos momentos, sin apunzador ni tramoyistas.

Agamenón llegó a su hogar subido en unos zancos y con la idea fija en la infidelidad de su

(Continuará en el número próximo.)

LA RISA

SEMANARIO HUMORÍSTICO

Doctor Fourquet, 4. - Teléfono 30-76 M.

— APARTADO 7.002 —

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Las suscripciones empezarán con el
:: primer número de cada mes. ::

Madrid, provincias y América.

	Pesetas.
Trimestre.....	3,60
Semestre.....	7,20
Año.....	15,60

Extranjero.

Unión postal.

Trimestre.....	4,80
Semestre..	9,60
Año.....	19,20

Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que pueda publicar LA RISA.

Correspondencia de LA RISA

F. T. Almansa. — Aceptado su dibujo; puede mandar lo que guste. Las portadas, ajustándose a las dimensiones que tienen las de los números publicados.

Claro de Sol. Barcelona. — No, señor; no tenemos ningún interés por conocer su nombre, sobre todo después del *camelo* que nos ha enviado. Tiene usted razón; leerse todos los originales de los espontáneos es un sacrificio que supera al del *acreditado* Don Guzmán el Bueno.

R. G. Madrid. — Su *humorada* nos parece muy floja. Insista.

J. G. R. Madrid. — ¡Hombre! No tiene usted perdón de Dios. Hacernos leer tres cuartillas de versos en una letra microscópica, para que después resulte que no tiene *chispa* de gracia, es una broma demasiado pesada. ¿No le parece?

S. S. A. Madrid. — Otro que tal. ¿No tiene usted ningún amigo que le permita copiar a máquina sus originales? Además, ¿versitos laudatorios y mal medidos? ¡Vade retro!

Monsieur Lapringue. Barcelona. — En efecto, amiguito, la ha *pringado* usted. No podemos resistir la tentación de publicarle un fragmento de su *Epitafio* para que la Ciudad Condal se enorgullezca de tenerle en su seno..., distinguido *Rubén* de la rambla de Canaletas. Allí va:

«... Y que comía poquito
cuando no tenía ganas;
pero, *con el* apetito,
devoraba hasta las ranas.

.....
¿Fué buena? (*Denén-denitos.*) (!)
¿Cariñosa? (No hay que hablar.)
Con su mano de *angelito*
palizas me supo dar...»

Nosotros creemos que no le dió a usted bastantes palizas, ya que no consiguió quitarle la mala costumbre de escribir versos tan malos... ¡Ah! De su *prosa*, poco más o menos...

Figarito. Madrid. — Con sinceridad: lo de usted nos ha gustado mucho; pero el asunto... ¿no cree usted que está un poco fuera de actualidad? Trabaje, que usted tiene condiciones. Hasta otra, ¿eh?

A los colaboradores espontáneos

No se devuelven los originales
aunque no se inserten, ni se mantiene
correspondencia acerca de ellos.

□ □ □

Los dibujos que se nos envíen de-
berán ajustarse a las dimensiones
que impone el tamaño de LA RISA.

□ □ □

DIRÍJANSE LOS ORIGINALES AL

APARTADO 7.002



—¿Usted también pinta, joven?

—No, señor; yo no pinto nada. En casa la que pinta es mi suegra.